



Whitman y el hombre democrático

JORGE GARCÍA AZAOLA

I

Durante tres años, en medio de la guerra civil estadounidense, Walt Whitman trabajó como enfermero voluntario en los hospitales de los alrededores de Washington. Junto al camastro de los soldados abatidos, Whitman escuchaba sus historias y escribía cartas a sus familiares. Con la intención de preservar la identidad individual de aquellos hombres levantó con sus letras un puente entre la vida militar y la vida civil para comunicar la esperanza del reencuentro o el perfil de los que languidecen sin remedio en el anonimato. Cuando regalaba una manzana o consolaba a un herido, Whitman enfrentaba el enigma impersonal de la guerra: buscaba vincularse con los hombres desconocidos que él consideraba la verdadera riqueza de su país.

Pocos años después de sus visitas al pabellón de los enfermos, Whitman publicó, en 1871, *Perspectivas democráticas*. En este ensayo reflexiona sobre una democracia desvirtuada, incompleta, que no alcanza a convertirse en el escenario esperado para la aparición del hombre que merece su estatura auténtica. Al recorrer este texto, con las imágenes de los poemas de *Hojas de hierba* aún en la memoria, no encuentro al hombre saludador y mundial que supuestamente le distingue: es notable la ausencia de una celebración optimista, acaso ingenua, injustificada, en torno al hombre de la democracia moderna. Dice Whitman: “pese a los progresos materiales sin precedentes que se han registrado últimamente en los Estados Unidos, la sociedad de este país es tosca, corrompida, supersticiosa y putrefacta. También lo son la sociedad política, o legal, y la privada o sociedad voluntaria. La conciencia moral, la más importante, la que vertebró a los Estados o a los hombres, me parece estar totalmente ausente en todas partes o, en el mejor de los casos, muy poco desarrollada o enfermiza. [...] Afirmo que la democracia de nuestro Nuevo Mundo ha sido, hasta ahora, un fracaso casi completo en sus aspectos morales, religiosos, sociales, literarios y estéticos, pese a sus exitosos resultados materiales, al haber elevado el nivel de vida de las masas con el intensivo

desarrollo de las industrias y haberle dado a aquéllas cierto barniz intelectual, popular y engañoso. [...] Es como si estuviéramos dotados de un cuerpo cada vez más grande, con muy poca o ninguna alma.”¹

Kenneth Rexroth afirma que Whitman inventó una de las realizaciones más entrañables del sueño americano. Rexroth no tenía en mente estos párrafos de *Perspectivas democráticas*, desde luego, sino la voz del vagabundo feliz que celebra y canta la épica de la democracia americana en *Hojas de hierba*.

Me celebro y me canto a mí mismo.
Y lo que yo diga ahora de mí, lo digo de ti,
porque lo que yo tengo lo tienes tú
y cada átomo de mi cuerpo es tuyo también.
[...]

Muero con el moribundo
y nazco con el niño que recogen los pañales.
Yo no soy sólo esto que se alarga entre mi
sombbrero y mis zapatos.
[...]

Soy un novicio que tiene la experiencia de siglos y
milenios;
tengo el color de todas las razas
y el prestigio de todas las castas;
pertenezco a todos los rangos y a todos los
credos...

Soy labrador, mecánico y artista,
cuáquero y marino;
un prisionero, un iluso y un tunante;
abogado, médico, presbítero...²

Éstos son en verdad los pensamientos de todos
los hombres en todas las épocas y países: no son
originales míos.

Si no son tan tuyos como míos, son nada o casi
nada.

Si no son el enigma y la solución del enigma, son
nada.

Si no son tan cercanos como lejanos, son nada.
Ésta es la hierba que crece donde hay tierra y hay
agua.

Éste es el aire común que baña el planeta.³



La democracia es el sueño de la tierra, el proyecto de unión de todos los hombres en una fraternidad, nos dice Whitman en los pasajes menos sombríos de *Perspectivas democráticas*. Muy pronto nos recuerda, sin embargo, que en todas partes prevalecen la petulancia y la vulgaridad, la baja astucia y la infidelidad, los tipos malsanos, la libidinosidad anormal, la casi inexistente sensibilidad ética y estética, la pobre educación. En este libro, la angustia y el desengaño se combinan y contraponen con el optimismo y el proyecto de unidad: tal vez Whitman, sin saberlo, había descubierto para sí la historia incierta de los tiempos democráticos. No sabemos a dónde nos lleva la democracia, advertía Tocqueville.⁴

Whitman escribió en un tiempo de prosperidad, no conoció los campos de concentración ni las ametralladoras, tampoco a Hitler o a Stalin. Por eso George Orwell dudaba que Whitman escribiría algo mínimamente parecido a *Hojas de hierba* si estuviera vivo.⁵ En la democracia que soñó Whitman no hay rastros del germen del totalitarismo, pero tal vez en *Perspectivas democráticas* intuyó que la suerte del hombre de los tiempos democráticos no está definida ni cuenta todavía con fundamentos sólidos. Para enfrentar este problema Whitman diseñó un proyecto de construcción cuyos cimientos estarían en la literatura.

La primera edición de *Hojas de hierba* apareció en 1855. En realidad Whitman nunca dejó de reescribir este libro, continuó añadiendo poemas y revisando otros hasta la última edición preparada bajo su supervisión en 1892. Después de conocer y cuidar a los hombres que emergieron de la niebla de sangre, sombras de las batallas de Fredericksburg, Wilderness y Gettysburg, Whitman publicó *Perspectivas democráticas*, pero no hizo importantes modificaciones a “Song of Myself”, tal vez el poema central de *Hojas de hierba*.

En ediciones posteriores de *Hojas de hierba* incluyó, entre otros poemas, elegías a Abraham Lincoln y los conmovedores versos de *Drum-Taps* sobre la guerra fratricida. Ni una sombra mínima de amargura dejó caer sobre “Song of Myself”. Este hecho es significativo en un hombre que no dejó de corregir su obra: nada había que cambiar en la celebración de ese poema, ni aun después de la guerra, porque ahí no hay una descripción del hombre democrático sino la intuición de una promesa que la democracia debería cumplir.

Borges decía que Whitman se propuso exhibir un demócrata ideal, no formular una teoría. Esta opinión parece mucho más acertada después de leer *Perspectivas democráticas*: Whitman ya no nos parece un poeta inge-

nuo que deforma la realidad al intentar describirla. Nunca trazó con pincel realista, esbozó un proyecto de hombre. No fotografió, imaginó al hombre democrático. Su optimismo, después de leer lo que dejó su experiencia con la guerra, después de una segunda mirada a la sociedad estadounidense, nos parece matizado por una sombra, una cierta urgencia que pone en perspectiva la esperanza y la supuesta identidad entre los hombres: “me persigue sin cesar el temor de conflictos internos entre grupos irreconciliables, debido a la ausencia de una armazón orgánica que los mantenga a todos estrechamente unidos”.⁶

En realidad Whitman nunca renuncia al proyecto de unión en *Hojas de hierba*, no acepta como definitiva o irreversible la ausencia de esa “armazón orgánica que los mantenga a todos estrechamente unidos”. Encarga a la literatura la tarea de proveer el único medio seguro, la unidad moral y estética que requiere la democracia como complemento a sus éxitos materiales: “reconociendo el inapreciable valor de nuestras instituciones políticas [...] yo afirmo que, mucho más que éstas, lo que finalmente y únicamente hará de nuestro mundo occidental una nación superior a todo cuanto se ha conocido hasta ahora —que, para superar el pasado, deberá ser vigorosa— serán obras literarias de cuño nuevo, personalidades eminentes, y métodos sociológicos originales, trascendentales y que sean la expresión (que en su más alto significado no ha sido expresada todavía) de la democracia moderna.”⁷

Para Whitman, adentrarse en el corazón de los hombres, en su sensibilidad y en sus creencias es una tarea fundamental de la literatura en nuestra época porque equivale a encontrar la democracia en sus propias fuentes perennes e inagotables: quien busca en el corazón del hombre encuentra la identidad de todos los hombres y mujeres, el fundamento de la democracia. La literatura dará unidad y personalidad moral a personas, razas y localidades distintas, de manera efectiva que constituciones, sistemas legislativos o judiciales. A los escritores, artistas y maestros corresponde expresar cuanto es universal y común a todos los hombres y mujeres. Sin esa noción de la identidad, de lo “común a todos”, no tiene sentido la democracia.

II

Al filósofo español George Santayana no le gustaba la imagen del hombre que encontró en la poesía de Whitman. Relacionaba lo que le parecía “una masa de imágenes sin estructura” con la idea de una democracia absoluta, exasperada. Santayana, como Ortega



y Gasset, rechazaba la idea de hacer de la democracia un principio integral de la existencia: a la democracia le compete la esfera pública del derecho político, el primer esfuerzo de la justicia, pero de ninguna manera el arte, la moral, la religión, el pensamiento, el terreno de las emociones y los gestos propios del individuo. Santayana veía en la obra de Whitman uno de los ejemplos más claros de cómo la imaginación de nuestro tiempo ha caído en la barbarie. “El bárbaro es el hombre que considera sus pasiones como su única excusa para ser; es quien no intenta dominarlas mediante la comprensión de sus causas o el establecimiento de su objetivo ideal. Bárbaro es quien no conoce sus derivaciones ni percibe sus tendencias, sino que simplemente actúa y valora la fuerza y el sentimiento de su vida, pero sin importarle su propósito y su forma. Su deleite está en la abundancia y la vehemencia; su arte, como su vida, muestra un respeto exclusivo por la cantidad y el esplendor de los materiales. [...] Esta abundancia del detalle sin organización, esta riqueza de percepción sin inteligencia y de imaginación sin gusto, conforma el genio singular de Whitman. [...] Enfocó la vida común sin tener en su mente un patrón más alto para criticarla; la vio, no en contraste con un ideal, sino como la expresión de fuerzas menos determinadas y más elementales que ella misma; y lo vulgar, en este escenario cósmico, se lo presentó como sublime.”⁸

Según Santayana, Whitman sería el profeta de una causa perdida en la medida en que ignora o desprecia el paso inevitable de lo homogéneo a lo heterogéneo, el progreso constante en diferenciación y organización que determina las leyes de la evolución y va dejando atrás la fase inicial y amorfa de la sociedad. Whitman es, para Santayana, “el profeta del hombre medio”, el creador de un mundo que contiene sólo elementos simples y caóticos, el autor de una obra que no es más que el producto de una fantasía perezosa: “La visión del hombre que tiene Whitman no va más allá de una simpatía sensitiva; no es más que una vicaria satisfacción en sus placeres y un amor instintivo por las personas. Nunca se embarcó en un conocimiento científico o imaginativo de sus corazones [...] fracasó radicalmente en su más acariciada ambición: nunca pudo ser el poeta del pueblo. Porque las gentes, como las razas tempranas cuya poesía era ideal, creen en la perfección por naturaleza. No tienen la menor duda sobre la deseabilidad absoluta de la riqueza, del aprendizaje y del poder, como tampoco sobre el valor de la bondad pura y el amor puro. Sus poetas preferidos, si tienen alguno, serán siempre aquellos que han

sabido pintar estos ideales vivamente, aunque sea con colores llamativos. Nada más lejos de la gente común que el deseo corrupto de ser primitivo.”⁹

Es posible que Santayana despreciara a la modernidad y al hombre contemporáneo tanto como a la obra de Whitman. Bajo la luz de un ideal presocrático retrata a Whitman como un sentimental irresponsable, un romántico complaciente de sus propias debilidades. En cierto sentido, la crítica de Santayana luce exagerada. Whitman nunca propuso que la literatura de la democracia tuviera que ignorar los dones extraordinarios del genio o la virtud. Whitman veía en los poetas una clave de civilización fundamental para su proyecto. Él sabía que el gusto, la inteligencia y la cultura siguen siendo, en general, ajenas a las masas. Afirma en *Perspectivas democráticas* que el genio –“las raras y cósmicas mentalidades de los artistas”– puede propiciar el advenimiento de una literatura que no se muestre quejosa de las masas, nuevas obras que “traten y examinen las cuestiones que se relacionan con el pueblo”.

En realidad, el juicio de Santayana sobre Whitman no erró en lo fundamental. Las dudas de Santayana en torno al hombre y al mundo democrático, así como sus críticas a la obra de Whitman, evocan las preocupaciones de Alexis de Tocqueville sobre la democracia moderna y nos recuerdan que el hombre (incluso el hombre del siglo XIX) no es un demócrata ideal.

Hojas de hierba es el canto de un gran individuo colectivo, popular; el “héroe” de este libro quiere parecerse a todos los hombres, es plural, innumerable y ubicuo. Whitman creó el afortunado símbolo de la populosa democracia, pero el hombre que habita la casa democrática en *Hojas de hierba* resulta unidimensional, a veces francamente plano. Muy poco se detuvo Whitman en los procesos de frustración que a la vuelta del siglo terminarían de exasperar y envenenar la sangre del hombre moderno. Whitman no previó el holocausto porque no reconoció en el hombre democrático el ácido letargo, la densa vacuidad que llevaron a Théophile Gautier a exclamar un grito que resultaría profético: ¡antes la barbarie que el tedio! De manera muy peculiar, cerca del misticismo de los cuáqueros, Whitman rescató y reflejó el optimismo liberal de su época, la fe en el progreso; decidió, sin embargo, no enfrentar otro elemento fundamental de la cultura del siglo XIX: *l'ennui, l'humeur farouche* (el tedio, el humor violento). Whitman es, en efecto, el antípoda de Baudelaire.

Un hombre a oscuras pierde un peldaño en la escalera. El peldaño perdido, dice George Steiner, es el progreso, la liberación personal y social. Lo que si-



que es el entorpecimiento febril, el tedio, una náusea soñolienta ante el vano y vago esperar. ¿Esperar qué? “¿Qué iba a hacer un hombre dotado después de Napoleón? ¿Cómo podía un organismo criado en el aire eléctrico de la revolución y de la épica imperial respirar bajo el plomizo cielo del gobierno de la clase media? [...] La generación de 1830 se sentía mal-dita por los recuerdos de acontecimientos, de esperanzas, en los que no había tomado personalmente parte. Esa generación alimentaba en su fuero interno ‘un fond d’incurable tristesse et d’incurable ennui’ [...] La conjunción de un extremado dinamismo económico y técnico con una gran medida de inmovilidad social impuesta (conjunción de la que estaba constituido un siglo de civilización burguesa y liberal) representaba una mezcla explosiva [...] el vacío estaba socavando la estabilidad europea. Debería uno darse cuenta de que el *ennui* estaba engendrando detalladas fantasías de inminente catástrofe. [...] La carrera armamentista y la creciente fiebre de los nacionalismos europeos fueron, según me parece, sólo síntomas exteriores de este malestar esencial. El intelecto y el sentimiento estaban literalmente fascinados por la perspectiva de un fuego purificador.”¹⁰

En una suerte de ternura feroz (como dice Borges), Whitman quiso identificarse con todos los hombres. Whitman cree que aún es posible subir la escalera, nos dice que existe una alternativa en Estados Unidos al vértigo del tedio, a la fascinación por el vacío. El siglo xx parece haberlo desmentido.

III

En opinión de Robert Dawidoff, una vez terminado el libro *La democracia en América*, Tocqueville dejó atrás su preocupación por Estados Unidos: dedicó su energía al tema de la política, la civilización y la historia francesa.¹¹ No le interesaba de Estados Unidos sino el futuro de Europa: el igualitarismo democrático.

Si bien Alexis de Tocqueville muy probablemente nunca leyó a Walt Whitman, es posible contrastar sus ideas sobre el hombre democrático con el sueño whitmaniano. He asumido, para ello, una lectura particular del autor de *La democracia en América*. Encuentro, como ahora intentaré demostrarlo, tres espíritus que se debaten el alma de Tocqueville: el liberal, el republicano y el aristócrata.

¿Qué quiere decirnos Tocqueville de la libertad cuando advierte que el principio de organización propia de las sociedades democráticas reside en el ideal de la igualdad? Tal vez esto: “Quien busca en la liber-

tad otra cosa que no sea ella misma está hecho para servir.”¹²

Tocqueville afirma que los pueblos modernos, democráticos, muestran un amor más vehemente y más durable hacia la igualdad que en favor de la libertad. El dogma democrático proviene de la confianza en la cordura y en las luces de la mayoría: la más grave amenaza a la libertad reside precisamente en los instintos de esta mayoría. Los vicios típicamente democráticos (la envidia, la adulación, el encumbramiento de los mediocres, la disposición a creer en la masa y la opinión) son los hijos legítimos del principio igualitario que encarna la mayoría. “Creo que los pueblos democráticos tienen un gusto natural por la libertad: abandonados a sí mismos, la buscan, la quieren y ven con dolor que se les aleje de ella. Pero tienen por la igualdad una pasión ardiente, insaciable, eterna e invencible; quieren la igualdad en la libertad, y si así no pueden obtenerla, la quieren hasta en la esclavitud; de modo que sufrirán pobreza, servidumbre y barbarie, pero no a la aristocracia.”¹³

Es el hombre democrático quien tiende a buscar en la libertad otra cosa que no a ella misma: es él quien parece no sólo dispuesto a servir al déspota de la mayoría, incluso puede afirmarse que el hombre democrático es una amenaza para él mismo.

¿De qué libertad nos está hablando Tocqueville? La libertad que le preocupa es la del individuo: su obra enarbolaba una concepción negativa de la libertad para defender el espacio privado de los individuos en contra de la centralización del poder del Estado. Sólo la presencia de fuertes esferas de libertad en el ámbito de la vida privada permite moderar la tiranía de la mayoría. Hasta aquí el hombre democrático no parece digno de celebración alguna. El Tocqueville más liberal nos diría que el ideal del hombre democrático que se encuentra en los poemas de Whitman es absurdo, pues no existe la más mínima evidencia empírica de su existencia.

Hay, sin embargo, pasajes en la obra de Tocqueville que lo acercan a la noción republicana de la libertad y que parecen mucho más afines con ciertas imágenes whitmanianas. Tocqueville, por ejemplo, nos dice que el individualismo de origen democrático representa una amenaza a las virtudes públicas: “El *individualismo* es una expresión reciente engendrada por una idea nueva. Nuestros padres no conocían más que el egoísmo. El egoísmo es un amor apasionado y exagerado hacia la propia persona que induce al hombre a no referir nada sino a uno mismo y a preferirse en todo. El individualismo es un sentimiento reflexivo y apacible



que induce a cada ciudadano a aislarse de la masa de sus semejantes y a mantenerse aparte con su familia y sus amigos; de suerte que después de formar una pequeña sociedad para su uso particular, abandona voluntariamente la gran sociedad a su suerte. El egoísmo nace de un instinto ciego; el individualismo procede de un juicio erróneo, más que de un sentimiento depravado. Se origina tanto en los defectos del espíritu como en los vicios de la afectividad [...] El individualismo es de origen democrático y amenaza con extenderse a medida que las condiciones se igualan.”¹⁴

Esta preocupación por las virtudes públicas es más republicana que liberal. También lo es la celebración de la asociación política en Estados Unidos: ¿acaso puede pensarse una sociedad civil hecha para resolver, no para pedir, sin las virtudes de la participación ciudadana? La celebración tocquevilliana de la sociedad civil estadounidense es casi un eco de la idea republicana sobre los deberes cívicos: el camino hacia la libertad individual y las instituciones libres pasa por la participación política y el servicio público de los ciudadanos.

Como los republicanos –y entre ellos Whitman–, Tocqueville parece dispuesto a reconocer que la libertad de los individuos puede elevarse al plano de la libertad de los pueblos: “No ignoro que muchos de mis contemporáneos han pensado que los pueblos no son jamás dueños de sus acciones, y que obedecen necesariamente a no sé qué fuerza insuperable e ininteligible, que nace de los acontecimientos anteriores, de la raza, del suelo o del clima. Éstas son falsas y fútiles doctrinas, que no pueden jamás dejar de producir hombres débiles y naciones pusilánimes; la Providencia no ha creado el género humano ni enteramente independiente, ni completamente esclavo. Ha trazado, es verdad, alrededor de cada hombre, un círculo fatal de donde no puede salir; pero, en sus vastos límites, el hombre es poderoso y libre. Lo mismo ocurre con los pueblos. Las naciones de nuestros días, no podrían hacer que en su seno las condiciones no sean iguales; pero depende de ellas que la igualdad las conduzca a la servidumbre o a la libertad, a las luces o a la barbarie, a la prosperidad o a la miseria.”¹⁵

Hay en Tocqueville un vena republicana importante. Una especie de “matiz correctivo” ante cierta incomodidad que pudiera sentir el autor dentro de una tradición puramente liberal. Sin embargo, no podría ubicar cómodamente a Tocqueville dentro de un supuesto republicanismo liberal. Como lo señala Roberto Gargarella, ambas tradiciones (la liberal y la republicana) muestran preocupaciones muy diferen-

tes respecto de las relaciones entre los individuos y su comunidad. Para un republicano, la imagen de la libertad no es el límite, el coto vedado que defiende al individuo de la voluntad mayoritaria; la libertad para él es más bien la continuidad de la voluntad y la política democrática.¹⁶

Con su aliento de alegría embriagadora, Whitman funde al albañil, al lanchero, al zapatero, al leñador en un abrazo fraterno de unidad. Whitman canta a la grandeza del hombre común más que al hombre de genio, pero al mismo tiempo considera que el trabajo de éste, particularmente el de los poetas, es fundamental. “Viéndolo con suficiente amplitud, el problema de la humanidad de hoy en todo el orbe civilizado es de orden religioso y social, y habrá de encontrar su solución en la literatura. El sacerdote se va y la era del literato divino comienza. Nunca hubo cosa más necesaria, especialmente en los EU, que una poesía o una literatura que reflejen el alma moderna.”¹⁷ Entre todas las naciones, los Estados Unidos necesitan más que nadie poetas que se precien de poseer una poderosa fuerza poética. Indudablemente la tendrán y la utilizarán hasta niveles jamás alcanzados. Sus presidentes no serán el punto de referencia más común, sino los poetas. De entre toda la humanidad el gran poeta es el que se sitúa como centro de identidad y de igualdad [...] Es árbitro y al mismo tiempo clave de lo diverso. Equilibra y media entre su época y su tierra.”¹⁸

En comparación con la ambigua postura de Whitman frente al hombre de genio, la preocupación de Tocqueville por el individuo es mucho más clara. Al francés le preocupa el dominio de la mayoría sobre la inteligencia: sabía que el imperio de la voluntad general encarna el peligro de encerrar el juicio individual dentro de límites estrechos. La fuerza de la igualdad de condiciones, la revolución democrática que se da en todos los ámbitos de la sociedad, acarrea ventajas naturales, como la desaparición de jerarquías y privilegios tradicionales, pero también acompaña a vicios muy peculiares. Donde la mayoría vive en perpetua adoración de sí misma no hay espacio para los hombres que sobresalen en la escena política por la independencia de su pensamiento: el despotismo de la mayoría impide el surgimiento de los grandes caracteres y con frecuencia envilece cuando orilla al sacrificio de la opinión personal. También el genio literario y el mérito filosófico mantienen cierta relación con el estado político y social de cada pueblo: la influencia de las mentes más brillantes, de los espíritus más raros y de las almas más vigorosas es mucho



menor ahí donde la igualdad no permite advertir las señales del genio y limita la acción que puede ejercer la inteligencia de un hombre sobre la de otro. El principio democrático de la mayoría no debe convertirse en la tiranía de la mayoría.

Frente a Tocqueville, Whitman parece en ocasiones un defensor del despotismo democrático. Sólo en la veta republicana de Tocqueville es posible encontrar un vínculo con Whitman, algunas afinidades y preocupaciones compartidas en torno a la democracia: no puede haber democracia sin un mínimo de objetivos y valores compartido entre los miembros de la sociedad. Este mínimo en común es realmente significativo.

En Tocqueville se encuentra la idea de que la democracia es algo más que un entramado de reglas e instituciones. La democracia es una forma de gobierno, pero también un principio de organización social que requiere ciertos hábitos y virtudes que sustentan la dinámica de sus instituciones. El carácter de las leyes y de cada gobierno democrático en particular está vinculado con los principios, pasiones y costumbres que distinguen a cada sociedad. Esta convicción tocquevilleana podría encontrarse en Whitman: “Ya podemos advertirlo claramente: para Whitman la democracia tiene, por encima de todo, un sentido cultural; es no sólo un fenómeno político, sino principal y definitivamente espiritual.”¹⁹

Whitman creía que lo que habría de caracterizar al hombre democrático era su relación con los demás: una especie de intimidad religiosa a partir del reconocimiento de la identidad compartida (y la inmortalidad, pues cada uno de nosotros es todos los hombres y todas las mujeres vivos, muertos y por nacer).

Y sé que el espíritu de Dios es hermano del mío,
 Y que todos los hombres que han nacido son mis
 hermanos, y las mujeres mis hermanas y mis
 amantes,
 Y que el sostén de la creación es el amor,
 [...]

 En todos los hombres me veo, ninguno es más ni
 menos que yo,
 Y lo bueno y lo malo que digo de mí, lo digo de los
 otros.
 [...]

 Querido amigo, quienquiera que seas acepta este
 beso,
 Especialmente te lo doy. No me olvides,
 Me siento como aquel que ha terminado la tarea
 del día y se retira a descansar [...]

Recuerda mis palabras, tal vez yo vuelva,
 Te amo, abandono lo material,
 Soy como algo incorpóreo, triunfante, muerto.²⁰

IV

La camaradería que celebra Whitman en ocasiones es tan general y amplia que luce un tanto fantasmal: el vestido de las maneras en Estados Unidos, el color, la frescura y el candor del carácter parecen el resultado inmediato, gratuito y providencial de la democracia americana. La fraternidad resulta un concepto abstracto, vaporoso, cuando no hay ni siquiera un esbozo de sus motivos o límites; cuando no hay un rostro concreto, conocido. Para Marco Tulio Cicerón, una figura central en la tradición republicana, la amistad es el producto de la virtud y la rara empatía, no una fuerza prodigiosa y ubicua. Así recordaba la amistad entre Cayo Lelio y Escipión. “El hombre de bien no debe hacer por amistad nada que atente contra la patria o que constituya perjurio o deslealtad. [...] Así, pues, están en un pernicioso error los que piensan que en la amistad tienen vía libre todas las pasiones y todos los pecados. La naturaleza nos ha dado la amistad como auxiliar de la virtud, no como cómplice de los vicios. [...] Lo apropiado es elegir un amigo sincero, sociable y concorde con nosotros, esto es, que se mueva por nuestros mismos principios, cualidades todas éstas que tienen que ver con la fidelidad. Pues ni puede haber fidelidad en un carácter retorcido y lleno de dobleces, ni puede tampoco ser fiel y estable el que no se mueve por nuestros mismos ideales ni congenia con nosotros por carácter.”²¹

Para Whitman la camaradería es un hecho natural en Estados Unidos, el producto espontáneo del genio de su país: la gente común. No es un vínculo restringido, un privilegio excepcional producto de un encuentro y una semejanza también excepcional: según Whitman, compartir algo en común es lo más normal y lo más común que puede haber. Qué idea tan extraña y desmesurada le habría parecido ésta a Cicerón. La fatuidad de la obra de Whitman consiste en haber mirado a la naturaleza como un reflejo de sí mismo. El hombre nuevo de las tierras vírgenes de Estados Unidos es el fruto de su imaginación o, como dice Octavio Paz, el reflejo de una realidad cuyo tiempo siempre es el futuro. El presente con sus condicionamientos y sus límites empíricamente verificables no es lo que le preocupa a Whitman porque en el fondo el personaje plural de *Hojas de hierba*, ese enorme individuo colectivo amistoso y elocuente, no se



ocupa más que de sí mismo. El sentimentalismo fraternal no advierte amenaza alguna en la complacencia, la adulación o la envidia.

Pese a sus limitaciones, la obra de Whitman tiene una fuerza y un valor extraordinarios. Su demócrata ideal no existe, pero sabe bien que sólo la democracia es el espacio que hace posible la identidad, la unión, la coincidencia y el encuentro entre los hombres. Para ser plataforma amplia, primaria, universal y común, la democracia de Whitman necesita a la literatura, el único medio capaz de despertar y revelar ese vínculo viviente y sagrado que nos une a la naturaleza y al resto de los hombres. El hombre se realiza en la democracia, la democracia se realiza en el hombre. Unión, religión, factor de elevación: "Porque sostengo que la esencia de la democracia, en última instancia, es el elemento religioso. Todas las religiones, las nuevas y las viejas, están en ella."²² Para Whitman el problema de la democracia (y del hombre democrático) es un problema mental y espiritual, un problema de conciencia. Nos hace creer que la democracia todavía no formula su propia, auténtica norma, que está muy lejos de haber despertado y expresado su propio "espíritu", que debe tender a penetrar lo propio para llegar a lo universal. Concebir a la democracia como una experiencia cultural y personal, como un principio de organización social y no sólo como una forma de gobierno, es sin duda una de las ideas más afortunadas de Whitman. En este sentido algo lo vincula a Tocqueville.

El proyecto de Whitman busca conciliar el valor del individuo y la personalidad humana con las virtudes del patriotismo y el amor a un proyecto en común. El autor de *Hojas de hierba* reconoce el valor de la gran civilización material y propone complementarla (que no destruirla en nombre del "hombre natural", como lo sugirió Santayana) con una gran civilización moral y religiosa.

Las imágenes de los poemas de Whitman tienden puentes con algunas de las mejores cosas que puede haber en la democracia: simpatía, identidad en el mejor sentido de la palabra y la construcción de un espacio público, común, para compartir nuestro destino. Entonces sí debemos reconocerle a Whitman la hazaña extraordinaria de haber imaginado el ideal del hombre democrático.

El pensamiento de Tocqueville puede alumbrar la obra de autores como Whitman porque el francés fue un hombre que temía los peligros de la democracia al mismo tiempo que amaba moderadamente sus virtudes. Tal vez nadie mejor que Tocqueville nos haya en-

señado que la democracia no puede ser vivificada sólo a través de la arquitectura de leyes e instituciones libres. Hay que cuidar, sin embargo, no exagerar el espíritu republicano en Tocqueville, pues podríamos desvirtuar su vena liberal.

Los poemas de Whitman nos ofrecen una imagen de lo que podría ser precisamente ese espacio compartido que echamos tanto de menos. No hablan propiamente de las virtudes cívicas, tampoco de la amistad que nos parece posible, pero sí de un medio que tiene el hombre para reconocerse democrático. Su obra no se acerca a las concretas propuestas del político liberal o republicano, a veces su imagen del hombre nos parece un tanto ingenua, pero la enorme virtud de sus poemas consiste en que nos invitan a vivir la experiencia democrática sin demasiado temor. Whitman trata de ayudarnos a intuir que las preguntas sobre *qué es el hombre y para qué está aquí* no son preguntas del todo ajenas a la aritmética democrática. Nos abre el misterio de la relación entre religión y democracia: complementar, conciliar, unir, religar.

- 1 Walt Whitman, *Perspectivas democráticas*, Editorial Amecalee, Buenos Aires, 1944, pp. 39-41.
- 2 *Paráfrasis de León Felipe al Canto a mí mismo de Walt Whitman*, Visor, Madrid, 1981.
- 3 Walt Whitman, *Hojas de hierba*, trad. de Jorge Luis Borges, Lumen, Barcelona, 2000, p. 61.
- 4 Cfr. Pierre Manent, *et al.*, "Democratic man, aristocratic man and nan simply" en *Perspectives on Political Science*; Science, Spring 98, Vol. 27, Issue 2, p.79. En este texto Pierre Manent afirma que la historia indefinida de la democracia y la incertidumbre que deriva de no saber a dónde nos lleva es el motivo primordial del trabajo de Alexis de Tocqueville en *La Democracia en América*.
- 5 Cfr. George Orwell, "Dentro de la ballena" en *Ensayos escogidos*, México, Editorial Sexto Piso, 2003, p. 163.
- 6 Walt Whitman, *op. cit.*, p. 37.
- 7 *Ibid.*, pp. 29-30.
- 8 George Santayana, "La poesía de la barbarie" en *Interpretaciones de poesía y religión*, Madrid, Ediciones Cátedra, 1993, pp. 155-157. En opinión de Fernando Savater, Santayana intentó luchar contra la barbarie así como contra su lógico complemento, la decadencia. Esta forma de oponerse a la barbarie no tiene nada que ver con una postura "en favor del refinamiento, de la exquisitez, de la rareza exangüe, del lujo, de los derechos de lo ornamental sobre lo utilitario, de la condescendencia en lugar del enfrentamiento atrabiliario, de la expresión in-



dividual –por divergente de la norma que ésta fuera– frente al dócil doblegamiento ante lo mayoritariamente aceptado. [...] Barbarie es creer que la belleza puede mantenerse incólume al margen de la utilidad y la naturaleza, que puede basarse en lo absurdo o lo criminal, que es una pura efusión personal, sin responsabilidades ante otro foro que la conciencia del artista, que se aproxima tanto más a lo genial o a lo sublime cuanto más se acerca a lo inarticulado” (“Concepto y estética en George Santayana”, en *Instrucciones para olvidar el ‘Quijote’. Y otros ensayos generales*, Madrid, Taurus, 1985, pp. 43-44).

⁹ *Ibid.*, pp. 159-160.

¹⁰ George Steiner, *En el castillo de Barba Azul. Una aproximación a un nuevo concepto de cultura*, Gedisa, Barcelona, 1991, pp. 27-42.

¹¹ La cita de Dawidoff es la siguiente: “Tocqueville thought the future was certain to be egalitarian, and he visited the only place he knew where a political regime had been instituted along democratic lines. *Democracy in America* is Tocqueville’s early masterpiece about what Europeans could reasonably expect democracy to be like. Tocqueville left America and the subject of America behind him when he finished the book, devoting his energy and his intelligence to what had always been his interest –France and French politics and civilization. He did not become an Americanist or even an *American’te*. [...] (His voyage with his friend Gustave de Beaumont to the United States was a trip to an inevitable future) to

see how best to cope with the changes it was bound to bring to a French regime they were interested in reforming, but whose essential civilization they hoped to save.” (Robert Dawidoff, *The Genteel Tradition and the sacred rage: High culture vs. democracy in Adams, James and Santayana*, Chapel Hill, North Carolina Press, 1992, p. xv.)

¹² Alexis de Tocqueville, *El antiguo régimen y la revolución*, FCE, México, 1996, p. 249.

¹³ Alexis de Tocqueville, *La democracia en América*, FCE, México, 1963, p. 465.

¹⁴ Alexis de Tocqueville, *La democracia en América*, tomo II, segunda parte, Alianza, Madrid, 1999, p. 89

¹⁵ Alexis de Tocqueville, *La democracia en América*, FCE, México, 1963, p. 645.

¹⁶ Roberto Gargarella, “El republicanismo” en *Las teorías de la justicia después de Rawls. Un breve manual de filosofía política*, Paidós, Barcelona, 1999, pp. 175-176.

¹⁷ Walt Whitman, *op. cit.*, p. 32.

¹⁸ Walt Whitman, “Prefacio de 1855 a *Hojas de hierba*”, en Felix Martín, *Walt Whitman*, Madrid, Editorial Síntesis, 2003.

¹⁹ Luis Franco, *Walt Whitman*, Editorial Americalee, Buenos Aires, 1945, p. 133.

²⁰ Walt Whitman, *Hojas de hierba*, trad. de Jorge Luis Borges, Lumen, Barcelona, 2000, pp. 47-271.

²¹ Marco Tulio Cicerón, *La amistad*, Trotta, Madrid, 2002.

²² Walt Whitman, *Perspectivas democráticas*, *op. cit.*, p. 62.

¿Populismo en 2006?

JOSÉ RAMÓN LÓPEZ RUBÍ

La pregunta central sigue siendo: si López Obrador es presidente, ¿el populismo invadirá México amenazando su viabilidad económica?

La tesis de la amenaza populista, según la versión del PRD, es producto de la alianza entre el interés político y la ignorancia democrática: el primero representado por el evidente deseo del presidente Fox de que Santiago Creel hubiese sido su sucesor en el cargo; la segunda, por la falta de información suficiente y objetiva sobre la nueva realidad política de un sector del empresariado mexicano. Dicha tesis es, sim-

ple y llanamente, falaz. Hoy, el populismo puede entenderse de dos formas: como un discurso político que ensalza al “pueblo” en detrimento de las instituciones representativas, y como el establecimiento de políticas presupuestarias expansivas con fines de manipulación política.

En el caso mexicano actual, el populismo es entendido primariamente como la práctica gubernamental definida por el gasto de dinero “virtual” (que no existe como tal sino prospectivamente) para ganar popularidad y votos.